

supremo, delante de quien se inclinan los reyes y al cual someten los pueblos sus diferencias. La Iglesia, arca de salvacion en el naufragio, fija á los germanos al territorio, llama á toda la Europa á rechazar al Oriente. Cuando los mongoles amenazan de nuevo la civilizacion renaciente, acude á detenerlos con las armas y las predicaciones; impide á los turcos aniquilar las instituciones europeas, empresa que en nuestros tiempos no hizo más que despertar el ímpetu ó la ambicion de algunos.

Existe la unidad en la Iglesia; pero en su rededor reina la mayor variedad. Cansados los bárbaros de sus largas correrías, se establecen en nuevas patrias; y apoderándose de la soberanía política, de la preeminencia civil y de la riqueza inmueble, asientan reinos á modo de campamentos en medio de una plebe que pierde hasta su nombre. Trata Carlomagno de unir aquellos reinos pidiendo su consagracion al poder que es el único reconocido, y que, superior á las pasiones terrestres, asocia y emancipa. Pero no fué secundado Carlomagno por sus sucesores; sino que por el contrario los intereses divergentes crean tantos Estados como tribus, y después tantos como feudos. Despedazando el feudalismo sin embargo la tiranía que pesaba sobre los pueblos, multiplica los centros sociales, debilita los prestigios de la fuerza, apaga el ardor de las conquistas, organiza la sociedad por medio del territorio (19); y fraccionando la propiedad destruye la esclavitud y prepara el equilibrio. A la par que los grandes propietarios se fortifican en el campo, quedan las ciudades para los industriales, cuya asociacion erigiendo donde quiera, tanto en los monasterios, como en los gremios, en las corporaciones, en las logias de francmasones, duplica las fuerzas sociales, y hace que el individuo consagrado á los estatutos de su corporacion, multiplique la vida de cada agregacion particular. De consiguiente, si falta el orden político y si la moral es tosca, las voluntades son enérgicas, los hombres robustos y no tiranizados por una concentracion opresora. Desde entonces vino á ser fácil el establecimiento de los municipios ó concejos.

En ningún otro tiempo ofrece la tradicion de la humanidad el espectáculo de una clase desprovista de todo derecho, deprimida, que nadie observa y que todos vilipendian, y que por un progreso continuo se eleva hasta adquirir poco á poco la independencia, las doctrinas y el poder, y cambiar los resortes de la sociedad, la naturaleza del gobierno y convertirse en nacion.

Nosotros, pueblo, hemos peleado y peleamos

(19) «Maravilloso sistema en el que se organizaron y pusieron enfrente uno de otro el imperio de Dios y el imperio del hombre; la fuerza material, la carne, la herencia en la organizacion feudal; en la Iglesia la palabra, el espíritu, la eleccion, la fuerza por doquiera, el espíritu en el centro, el espíritu dominando la fuerza.» MICHELET, *Introd. á la Historia universal*.

aun contra los castillos feudales, por lo cual los miramos con irritado enojo; pero nos agrada considerar aquellas batallas, porque no se trata de la historia de los reyes, sino de la del pueblo que es la nuestra. Desconocido el cuarto estado de los antiguos, se forma en las municipalidades de los vencidos que crecen al lado de la baronia de los vencedores; y que se convierten en repúblicas en Italia, consolidan el poder real en Francia, le equilibran en Inglaterra, é inician en todas partes la civilizacion moderna.

Si dirigimos nuestra atencion tan solo á los dominadores, no los encontraremos árbitros de las naciones subyugadas, como lo fueron los conquistadores de Asia ó los romanos; un continuo antagonismo los retenia, el cual reinó primero entre las familias de los vencedores, después entre estas y los vencidos, enseguida entre municipio y municipio, y en mayor escala entre el poder temporal y el eclesiástico; procurando aquel asegurar el triunfo de la espada, y este someterla al imperio pacífico de la doctrina y de la persuacion, y reemplazar con los derechos del mérito los del nacimiento ó de la violencia; sirviéndose uno á otro de barrera para no entregarse á los excesos á que impelia el carácter absoluto de la Edad Media (20).

(20) La incontestable, como él dice, superioridad está plenamente demostrada (tomo V. pág. 409) por Augusto Comte en el *Curso de filosofía positiva*; el cual, partiendo de puntos muy opuestos á los nuestros, y sacando muy distintas consecuencias, llega á la misma significacion de la Edad Media, que la que nosotros le damos y que él no conocia de cierto cuando en 1841 (tomo V, pág. 676) escribia: «A la influencia universal de esa aberracion fundamental (*la reprobacion política del poder espiritual distinto é independiente del temporal*) debe atribuirse el principal origen histórico de ese irracional desden que se ha manifestado contra la Edad Media bajo la inspiracion directa del protestantismo, y que luego se ha propagado por todas partes con una energia siempre creciente por efecto comun de la misma situacion fundamental, hasta últimos del siglo pasado. Porque sobre todo en odio á la constitucion católica es como á esa gran época social se ha injuriado injustamente y con deplorable inhumanidad, no solo entre protestantes, sino hasta entre los católicos, para quienes la independencia política del poder espiritual no estaba mucho menos desacreditada. Tal es el primer origen de esa ciega admiracion por el régimen político de la antigüedad, que ha ejercido tan deplorable influencia social durante todo el periodo revolucionario, inspirando una exaltacion absoluta en favor de un sistema social correspondiente á una civilizacion radicalmente distinta de la nuestra, y que el catolicismo habia justamente apreciado en tiempo de su apogeo como esencialmente inferior. El protestantismo además ha contribuido especialmente á ese pernicioso estravio de las inteligencias por su ilógica predileccion esclusiva para la Iglesia primitiva y sobre todo por su entusiasmo espontáneo, menos lógico aun y más pernicioso, para la teocracia hebraica. Así se ha borrado casi durante la mayor parte de los tres últimos siglos, ó á lo menos profundamente alterado, la nocion fundamental del progreso social que el catolicismo habia al principio forzosamente bosquejado... La teoría metafísica

De esta manera se verificó la más grande revolucion del espíritu humano; revolucion que dió á los modernos poesía, artes y libertad. Pero seria pretender demasiado que pudieran formarse entonces la idea de nacionalidad, la más difícil de concebir y la última á esparcirse entre el pueblo: queda pues, en efecto, mucho camino que andar al espíritu antes de vencer tantas preocupaciones, de allanar tantas desigualdades, de reducir familias y ciudades á olvidar la independencia nativa, á los fuertes á no ejercer su poder y á los hábiles su habilidad, sino á medida del bien público, á los nobles á olvidar su estirpe mejor y su antigua autoridad, y en fin, á conocer y á practicar la justicia y la igualdad social.

También las repúblicas fluctuan aun entre un pasado de odio, de contiendas y de guerra, y un porvenir de orden, de tranquilidad y de amor. No teniendo esperiencia alguna de sistemas fundados sobre el concurso de los intereses y de los poderes, ansiosas de paz, de justicia y de franquicias, y desconociendo los medios de alcanzarlas, se posesionan de una libertad sin garantías, en la que el pueblo, queriendo intervenir personalmente en los negocios, lleva á las asambleas la avaricia, la ambicion y todas las pasiones del hombre privado, y en que se experimentan, unas tras otras, las constituciones; las repúblicas, repito, se agitan entre partidos, envidias, soberbia y delitos interiores, y asesinatos exteriores de hermanos, con los cuales no aciertan á celebrar un pacto de socorros, de tranquilidad, de mutuas ventajas. Por último, triunfan los astutos y los fuertes; la libertad privilegiada de los municipios sucumbe; el despotismo se hizo necesario para nivelar las renacientes desigualdades, los nuevos reinos se constituyeron, y espira la Edad Media.

Espira; pero sin las emigraciones germánicas hubiera Roma ocupado el mundo entero, borrando las franquicias y el genio de cada nacion, y tendríamos un imperio á lo asiático, en vez de tantas naciones que dan el movimiento y la vida á la Europa; en lugar de esta fecunda y activa variedad que constituye el mérito de las modernas edades, y á la que debe la Europa su supremacia sobre las demas partes del mundo en bienestar, inteligencia y perfeccion, no tendríamos más que mortal uniformidad.

Espira la Edad Media; pero encontró á la Europa dividida en hombres libres y esclavos, y la deja dividida en pobres y ricos: al trabajo forzado ha sustituido la labor voluntaria, y la asociacion, la competencia á las corporaciones y á los desconsoladores favores legales; á los privilegios, es decir, á la injusticia, la igualdad humana: ha desembara-

del estado de natura vino después á dar cierta sancion dogmática á esa aberracion retrógrada, representando todo orden social como una degeneracion creciente de esa quimérica situacion, etc.»

zado á la propiedad de las trabas de casta y de tribu, de las sustituciones y de otras antiguas cadenas: á la profunda abyeccion de los esclavos para con sus amos, de los clientes para con sus patronos, y de los patricios respecto del emperador, ha sustituido la política fácil y cortés que se humilla, pero á condicion de que se la realce, el obsequio que sabe ser activo, la libertad que sin peligro ni envilecimiento se presta á mil servicios. Tales son los sentimientos nacidos de la independencia noble y cortés del baron; independencia ignorada de los antiguos, que no conocian otra más que la de la ciudad ó del Estado.

Hay algunos que se complacen en pintar á la Edad Media como una época de opresion ilimitada; y sin embargo, entonces fué cuando nacieron las constituciones políticas, cimiento y gloria de las naciones modernas (21). Nada dicen del derecho canónico, que, considerado como derecho especial, fué un inmenso progreso en dulzura y en equidad; él fué quien primero opuso la discusion á la arrogancia del sable, la palabra escrita al capricho de los señores; proclamó así mismo la igualdad de todos ante la ley. Pero no hay duda en que Carlomagno, Alfredo de Inglaterra, San Esteban de Hungría, San Luis de Francia y algunos emperadores alemanes fueron grandes legisladores; y en que en aquella época de ignorancia Inglaterra escribia su *Carta*, modelo imperfecto, si bien no ha sido sobrepujado ni aun igualado por otras *cartas*; aunque fundada enteramente sobre el feudalismo, garantiza la libertad personal y la real. Entonces fué cuando las repúblicas comerciales de Italia y de la Provenza redactaron el código marítimo aun vigente y cuando los varios concejos se dieron estatutos que solo pueden parecer estraños á aquellos que no saben referirse á aquellos tiempos y lugares, y creen, como los ingleses, que toda doctrina que se encuentra en las costumbres nacionales no es absurda, y que debe ser tenida como obligatoria. Ensayaron entonces las repúblicas de Alemania, de Suiza é Italia, todas las clases de organizacion política, creando constituciones que nada tenían de académicas, y sin pensar jamás en adoptar alguna porque era inglesa ó española: todo lo que hacian les era propio, llevaba el sello de la oportunidad, y por esto mismo era histórico y de una variedad sorprendente. Dando entonces el estado llano la mayor prueba de fuerza, la de aumentarse resistiendo, penetró en la mo-

(21) Pueden consultarse en lo relativo al derecho: CANCELLI, *Barbarorum leges*; SAVIGNI, *Gesch. des Römischen Rechts in Mittelalter*; TOULOTTE y RIVA.—*Hist. de la barbarie y de las leyes de la Edad Media*. París 1829; es obra ligera y sin objeto. LABOULAYE, *Hist. del derecho de propiedad rentística en Occidente*, 1839; Y gran número de obras recientes, en su mayor parte alemanas.

narquia, y le proporcionó gloria, vida y energía; aunque nadie comprendió su importancia presente y futura, desarrollóse como clase intermedia, hasta que dilatándose más llegó á ser la nación, el pueblo y el soberano. Se nos ofrecerán en el congreso de Póntida, ó en la paz de Constanza, en las conferencias nocturnas bajo la encina de Truns ó en la pradera de Rütli, como hombres sencillos, que, en nombre del Dios criador del noble y del villano, juran defender las costumbres y las franquicias de su patria. En los concilios vereis la religión hacerse tutora de los derechos del hombre. Sabreis lo que es el pueblo en los *wittenagemote* de la Gran Bretaña, en los campos de mayo franceses, en las dietas de Roncalia, en las cortes de España, en las de Lamego, en donde una nación aun en la cuna dictó el estatuto de Portugal, más liberal que muchos modernos (22). Rodeaba al trono aquel estatuto con una nobleza, no emanada de la conquista, ni fundada sobre la propiedad ó comprada por dinero, sino conferida á aquellos que se habían mantenido fieles á la religión, á la patria, al rey y que demostraron su bravura en aquellas batallas que dieron por resultado libertar el suelo patrio de la dominación extranjera. Confirman los Estados aquellas leyes en tanto que son *buenas y justas*, condiciones de legalidad desconocida por los antiguos juristas, y olvidadas por muchos de nuestros días. Nosotros discutimos, ellos obraban.

Y todo esto en un tiempo de barbarie. Sí, de barbarie sin duda; pero el carácter de aquellos tiempos es más bien el contraste de la brutalidad de las acciones y de la pureza de las máximas proclamadas por la Iglesia, por la caballería y por los poetas. Cuando entre los antiguos no se alzó ninguna voz autorizada para vituperar á Aquiles su ferocidad, y á Calígula su imbecil crueldad, aquí las nociones morales se muestran brillantes y puras en medio de la licencia y de la grosería. Un juicio recto condena las detestables acciones á que la pasión da cima; cosa bien notable para aquellos que reflexionen que un buen principio puede ser tan fecunda semilla como uno perverso. La opresión de los bárbaros, la continua resistencia y la expiación religiosa, son los tres hechos dominantes en las costumbres y en la historia de aquel tiempo; y, ya se considere uno ú otro, se vé siempre el último grado de la barbarie, del heroísmo y de la santidad; pero como el uno sirve de contrapeso al otro, no se da el espectáculo de aquellas sistemáticas atrocidades que tanto nos indignan en la antigüedad. Así un autor, que no obstante se titula filósofo, dice: «Medio siglo de paganismo presenta, sin comparación, excesos más enormes

(22) En la bula de oro de 1222 se declara que la orden del rey no es válida si no ha sido aprobada por la nación. El rey debía someterla á la asamblea reunida en la llanura de Bakos. Sino, todo ciudadano tenía derecho á oponerse á ella.

que cuantos existan en toda la cristiana monarquía, desde que el cristianismo impera sobre la tierra (23).

Con efecto, ni aun entre los gibelinos más inhumanos no encontrareis un Domiciano ó un Caracalla; no hallareis en toda esta época una carnicería igual á aquellas que hicieron el elemento César en Amiens; Tito, delicia del género humano, en Jerusalem; ni una calculada devastación como las que destruyeron á Tarento y á Cartago ó aniquilaron las bellas artes y la civilización de un país, cual aconteció en Corinto y en Rodas. No vereis nada semejante á la noche de San Bartolomé, ó á la muda desolación de la guerra de los Treinta años (24). Las proscripciones llevadas á efecto en los más florecientes años de Roma, no tienen nada análogo en la Edad Media, como no lo tienen tampoco los procesos de hechicería multiplicados en el siglo de Leon X y de Galileo. La misma inquisición no puede de ningún modo compararse á las persecuciones ejercidas durante tres siglos contra los cristianos con formas legales, ni á las que introdujo más tarde en España una política recelosa.

Si nos disgustan las violencias de los dominadores y el feroz libertinaje de los príncipes, podremos fijarnos y nos fijaremos en otra sociedad que contemporáneamente buscaba, no las conquistas de la fuerza, sino las de las ideas; que se mantenía junto al oprimido para sostenerle, para consolarle, mientras tronaba contra el poderoso en nombre del que juzga las justicias humanas. Derribaban los señores torrentes de sangre para arrebatar algunas pulgadas de una tierra que debía cubrirlos á todos al día siguiente: elevando la Iglesia su mirada hacia la patria verdadera, propagaba el amor del bien, de la sabiduría, de la piedad; enseñaba á orar, abría albergues á los afligidos, asilos á los proscritos, escuelas á los ignorantes: en medio de las cotidianas guerras intimaba la tregua y dirigía los tratados de paz; reemplazaba á los guerreros con monges; oponía á la soledad del señor la asociación de los artesanos; á sus apetitos sensuales la castidad de los monasterios; al orgullo individual, atrincherado en las fortalezas, la humildad y el sacrificio para destruir la fuerza por medio, no de la espada, sino de la voluntad, doblegar la soberbia, no á la venganza, sino á la caridad, y hacer sentir al siglo el poder de la abnegación; y convertía en sagrado y bendito el valor, ejercido antes en luchas fratricidas,

(23) FELLER, *Catecismo filosófico*, t. III, c. 6, par. 1.

(24) Wallstein y Gustavo Adolfo permanecieron á la vista uno de otro delante de Nuremberg por espacio de setenta y dos días, sin venir á las manos. En este intervalo de tiempo fueron víctimas del hambre y de las enfermedades diez mil nurembergeses, veinte mil suecos, y más de treinta mil imperiales. La Edad Media no ha usado nunca de tan fría crueldad.

dirigiéndolo á rechazar la media luna de las cúpulas de Constantinopla y de las playas de Sicilia, Mallorca y España.

Uno de los caracteres más marcados de esta sociedad religiosa es el haber tomado á su cargo los empleos de la sociedad civil y hecho por instituto lo que por decreto se introdujo más tarde. Si falta quien tuviese despejados y seguros los caminos, ella ponía cruces y tabernáculos para su salvaguardia. Si no hay hospederías, abre hospicios y ermitas. Si faltan socorros para la indigencia, distribuye la sopa á la puerta de los conventos. Las linternas encendidas delante de las imágenes piadosas, suplen durante la noche por el alumbrado de las calles; las partidas de bautismo, de casamiento y de defunción por el registro de la población: los mercados no están seguros más que en el atrio de las iglesias y el día de la fiesta patronal: consérvanse los restos del saber en los conventos, donde los futuros sabios hallarán las únicas escuelas, y los aldeanos modelos de la mejor agricultura. No existen correos, pero religiosos y misioneros ponen á Roma en comunicación con Islandia y el Catay, establecen congregaciones para recoger á los niños espósitos, para cuidar á los enfermos, para redimir á los cautivos.

Hé aquí donde nosotros buscaremos la moralidad. Partiendo de este principio, la fundación de un convento, la institución de una orden, el viaje de un misionero, nos interesarán tanto y más que los escandalosos desafueros de los reyes, ó los cambios de dinastías (25). Por otra parte el pueblo que acude siempre adonde cree encontrar justicia, simpatía y consuelos, amaba á aquellas religiosas repúblicas, en las que podían entrar los cristianos de todo país y de toda condición, sustrayéndose así á las bárbaras leyes bajo las cuales les había hecho nacer la casualidad, para someterse á otras voluntariamente elegidas, á magistrados escogidos de comun acuerdo, y en las que desde los más humildes empleos podían elevarse hasta el papado. Nosotros nos complacemos en repetirlo mil veces, respetamos el voto, las afecciones y hasta las mismas antipatías del pueblo. Con estos sentimientos y bajo la inspiración de la justicia someteremos nosotros á un nuevo examen aquellos heroicos siglos, durante los cuales en todas las naciones euro-

(25) Voltaire dice que los monges, frailes y órdenes religiosos no deben ocupar un lugar en la historia, por la misma razón que los antiguos no se detuvieron á hablarnos de los sacerdotes de Cibeles ó de Juno. Los traductores franceses de la *Historia Universal de los literatos ingleses*, le conceden que los templarios, los caballeros de la orden teutónica, de la de Malta, Calatrava, etc., no deben sin duda formar parte de la historia; pero quisieran que se exceptuase á los jesuitas y á los benedictinos, tan importantes en la sociedad; y le hacen la reflexión de que nuestras órdenes monásticas no se parecen á las antiguas. Esto se llama tener juicio sano á medias.

peas se esfuerzan la generosidad, el valor, la nobleza, la piedad de algunos individuos por remediar la falta de la justicia pública, al paso que el honor mitiga la tiranía y que las costumbres suplen á las leyes.

Con tal sinrazon se consideran esos siglos como periodo de impotencia entre la antigua civilización y el renacimiento moderno, que hasta ignoro si podría demostrarse que hayan dejado extinguir nada de lo que existía más importante en la doctrina y en la ciencia de los antiguos. Tómase comúnmente la palabra civilizado por sinónimo de instruido, y muchas personas se adhieren solamente á las letras; no hay duda en que son un poderoso elemento de civilización, que consiste en el talento, en la actividad, y en el ejercicio de todas las facultades y de todas las fuerzas del alma, pero no son las únicas; ahora la literatura es la que quizá ha contribuido más que nada á hacer que se desprezara la Edad Media. La de los antiguos era á no dudarlo maravillosa por la pureza exquisita de la composición y de la esposición, cualidades que agradan aun cuando sean falsas las ideas y revelen medianía ó ignorancia; pues lo bello es siempre objeto de un culto exclusivo; y debia ser así en obras destinadas á un pequeño número de lectores, á lo selecto de la nación que pretendía no recibir de sus esclavos y clientes más que los escritos más perfectos, así como las mejores estatuas.

El diferente destino de la literatura moderna ha hecho que se preste menos cuidado á la forma, y que se descuide aquella unión del arte y de la sencillez en la cual no tuvieron iguales los antiguos. Pero la razón preside á cada palabra, ilumina toda confusión, ordena las ideas, detiene las divagaciones; y arreglándolo todo con método y buen sentido, produce una austera precisión, una límpida pureza y un progreso constante hacia el objeto.

En la Edad Media se había perdido la corrección antigua, y el análisis moderno aun no se había adquirido. Era una transición sin arte ni forma, era un lenguaje indeterminado; también había ingenios inejercitados. Pero para que una literatura adquiriera un carácter propio y nacional, es preciso que la tradición y la poesía hayan precedido á la historia y la crítica. Hubo en la Edad Media más abundancia creadora de imaginación, que en ninguna nación moderna sin exceptuar la Inglaterra; hubo profundidad de sentimiento y genio inventor, el cual es muy superior al talento que perfecciona. Los que quieran reflexionar encontrarán que las obras modernas de más estimación y más originales, nacieron en la Edad Media ó recibieron su inspiración de ella (26).

Es sin embargo verdad que la cultura de la imaginación estaba separada de la de la inteligencia. Encontrábanse dos literaturas en presencia una de

(26) Dante, Santo Tomás, Gersen, Ariosto, Tasso, Shakespeare, Cervantes, Calderon...

otra, de las cuales, la una toda era de tradición y de reminiscencia, y esforzándose por expresar las ideas nuevas con palabras anticuadas, no hacia más que demostrar su laboriosa impotencia. Cierta es que muchos talentos poéticos, conocían cuánta locura era separar las palabras de las ideas, la composición erudita de la inteligencia popular, pero hubieran recurrido á las lenguas vivas? carecían aun de la elasticidad que les ha dado el uso, y una preocupación de los sabios las repudiaba. Su posición era la de un escultor colocado en un país donde le faltasen á la vez modelos, materiales y encargos.

Guardaban, pues, los mejores silencio ó se amenguaban; y la más elevada parte de la literatura permanecía del dominio de los talentos medianos, contentos de engendrar con imperfectos instrumentos, obras que no podían satisfacer ni el gusto ni la razón. Y sin embargo sino le desanimase á uno la forma, ¡cuánta vida moral é intelectual se descubre en ella! ¡cuánta riqueza! ¡cuánta originalidad! (27) Las letras conocieron más que nunca su sublime misión, dejando de alimentarse de frivolidades, no buscando el deleite pasajero de los oídos,

(27) POLICARPO LEYSER, profesor de poética en la academia de Helmstadt, publicó la *Historia poetarum et poematum mediæ ævi decem, post annum a nato Christo CCCC seculorum*. Halæ Magdeb., 1721. Indica una disertación suya *De ficta mediæ ævi barbarie*, que no he leído; pero en la obra anterior tacha de ignorante temeridad á los que, *quia nesciunt, negant existisse viros eo tempore eruditione insignes*. Sin embargo, no habla sino de poetas latinos, lo propio que DUFRESNE, *Index scriptorum mediæ et infimæ latinitatis*, y FABRICIO, *Bibliotheca latina mediæ et infimæ latinitatis*.

A. EBERT, *Historia general de la literatura de la Edad Media* (alemán).

BERINGHTON, *Literary history of the middle age*, y GUINGUENÉ, *Historia de la literatura italiana*, conservan muchas preocupaciones de escuela. GUIZOT, en la *Historia de la civilización en Francia*, y VILLEMEN, en el *Cuadro de la literatura de la Edad Media*, hicieron conocer desde sus cátedras las bellezas y el mérito de los escritores de la Edad Media.

TH. WRIGHT.—*Ensayo sobre el estado de la literatura y de las ciencias en Inglaterra en el periodo anglo-sajón*. Londres, 1839 (en inglés).

HARRIS, *Historia literaria de la Edad Media*.

J. J. AMPÈRE.—*Historia literaria de la Francia antes del siglo XII*. París, 1840.

La *Historia literaria de la Francia*, empezada por los benedictinos y continuada ahora por la Academia de las Inscripciones, es una mina inagotable que sin cesar explotan tanto los extranjeros como los franceses.

Pueden consultarse además EICHORN, *Allgemeine Gesch. der Cultur und Litteratur*, t. II; y los historiadores de la filosofía y de las ciencias. ANDRÉS, MONTUCLA y TIRABOSCHI; THOMPSON respecto á la química, DELAMBRE á la astronomía, BOUTERWEK, KARTSNER, LIBRI, á las matemáticas, etc.

Hoy día se buscan con ardor los monumentos de la literatura original de los tiempos medios y de los pueblos llamados bárbaros.

sino adhiriéndose á las cosas prácticas y á los supremos intereses de la humanidad. Las Sagradas Escrituras fueron la base de todos los estudios, como que ningún otro libro se halla más generalizado; y por más que en el día nos fastidie el verlos insistir de mil maneras en el mismo trabajo, ganó mucho el entendimiento humano con que, en vez de tener cada nación un libro particular elemental, ocupase éste exclusivamente talentos tan diversos, y fuese considerado como el colmo de los acontecimientos terrenales; refrenando así la impaciencia que arrastra á edificar sin haber echado aun los cimientos. Sirvió de mucho el latín para las comunicaciones entre los diferentes pueblos, antes que las lenguas modernas se arreglasen y se conociesen mutuamente. Una doble actividad produjo que unos se entregasen á los estudios clásicos y otros á producir algo nuevo. En lugar de deplorar, pues, el olvido de la antigüedad, se tiene derecho á quejarse de que el demasiado respeto á ella, indujese á mirar con desden los ensayos originales y los monumentos patrios, de esta manera en las bellas artes la sublime majestad de la catedral gótica fué desfigurada por la imitación del templo pagano.

Se desprecian las historias de aquellos tiempos, como *malas crónicas monacales*. Nosotros hemos confesado sus defectos; pero debe también decirse que sus autores fueron á veces príncipes, tales como Alfonso de España y Oton de Frisinga, tío de Federico Barbarroja, y muchas más veces hombres que habían tomado parte en los negocios, como Casiodoro, Beda, y Liutprando; y casi siempre las personas más instruidas de su tiempo. Si estenden poco la vista (por ventura, el usar un telescopio toscos y campo limitadísimo privó á Galileo y á Scheiner de realizar maravillosos descubrimientos en el cielo: Por otra parte ¿no es costumbre echar en cara al clero y á los monges su continua intrusión en los acontecimientos mundanos? ¿Por qué, pues, se olvida esta acusación cuando se quiere imputarles que narraban lo que no conocían?

Sin embargo, aunque los relatos sean hechos en lo interior de un claustro, parecen dictados por personas que, desde el puerto, juzgan mejor la posición de aquellos quienes luchan con la tempestad en alta mar, y manifiestan, si no penetración y grandes miras, á lo menos un sentimiento de justicia que no se encuentra entre los clásicos, á los que tampoco ceden á veces en fábulas y credulidad. Cuando al recorrerlos se despoja uno de las prevenciones escolásticas, agradan, pues aunque toscos, siempre se descubre en ellos al hombre: y se les lee con el mismo gusto con que se hablaría á ancianos honrados y llenos de recuerdos, al paso que á veces se fastidia uno del estilo pretencioso y pedantesco hasta de los más ilustres escritores.

Entre tanto la poesía, á pesar de separar demasiado los dos elementos indivisibles de la tradición y la inspiración, cantaba la patria, la fe y las ac-

ciones generosas. Mal combatido en otro tiempo el espíritu sofisticado por Sócrates y Seneca, volvió de nuevo á aparecer en las escuelas; pero la filosofía no se aplicó á debates ociosos; dirigió sus meditaciones hacia la sociedad y la mejora del hombre, para enseñarle lo que debía creer y hacer; abordó las cuestiones más espinosas con la libertad de que disfruta el que sigue un camino no señalado aún por huellas que impongan una deferencia servil. Cuando hasta nuestros días se ha jurado por la pobreza de Condillac, los escolásticos se ejercitaban sobre el más vigoroso, y ciertamente, sobre el más docto pensador de los tiempos antiguos. En el campo de la filosofía, introdujeron en la doctrina de Aristóteles las únicas mejoras de que era susceptible; y aun cuando entre él y Platón, entre las realidades y las generalidades no hubieran hecho más que divagar en vanas sutilezas ó en conceptos oscuros, siempre hubieran preparado para la época moderna la fina lógica y la abstracción poderosa.

Se dice que no existió allí la crítica; no temería afirmar, sin embargo, que casi todas las cuestiones que se han agitado posteriormente, han dejado de tratarse en aquellos tiempos. Cuando el siglo de León X creyó en Anio de Viterbo, cuando el de la Enciclopedia creyó en Osian, ponía en duda el siglo XI las falsas Decretales. Pronunciábanse el rey Liutprando y el obispo Agobardo contra los duelos judiciales, contra las pruebas del fuego y del agua, á pesar del apoyo que á éstas prestaban la preocupación, la costumbre y las leyes; no querían se creyera que las tempestades eran producto de encantamientos. El monje Virgilio y Juan de Salisbur enseñaban el verdadero sistema del mundo y la existencia de los antipodas: en aquella época se atacó y defendió el poder temporal y espiritual de los papas; se combatió con argumentos y sátiras el abuso del monacato y de la falsa devoción; se examinaron las prerogativas de los reyes y los títulos de su autoridad; se afianzaron las bases de la organización social, resultando de aquí las únicas constituciones que han contado larga vida: todos los sistemas, todos los dogmas, todos los ritos, encontraron campeones y detractores; no dejando nada nuevo que decir á Lutero y á Socino las herejías políticas de Arnaldo de Brescia y de fray Dolcino, las filosóficas de Orígenes y Abelardo, y las religiosas de los albigenses y de Focio.

¿Qué será si se reflexiona que aquellos toscos antecesores nuestros civilizaron medio mundo; que pulieron y fijaron los idiomas nacientes, traduciendo á ellos el Evangelio; que compusieron himnos, los cuales se han cantado en los siglos más cultos; y que libertaron á naciones enteras de una licenciosa y feroz superstición?

Faltóles sin duda mucho; pero nadie negaría á Alejandro el dictado de gran general porque no hubiera podido vencer en Leipzig ó tomar á Amberes, ni el de poeta á Homero porque se

engañase en geografía y en astronomía. Existe entre la historia de la Edad Media y la de la antigüedad la misma diferencia que se nota entre sus edificios, por ejemplo entre el Panteón y la catedral de Milán con sus cien agujas y sus infinitos adornos, cada uno de los cuales agrada si se observa separadamente; pero no reconoce en ellos unidad el que no refiera el conjunto á un pensamiento más elevado, que se manifiesta en el atrevido arranque con que se dirigen al cielo todas aquellas cúspides. Las obras maestras antiguas, como templos, estatuas, arcos y acueductos, así como el refinamiento del lujo y las comodidades de la vida, se encuentran en las ciudades; nada de esto existe fuera, si se exceptúa alguna cabaña en la que se hacinaba por la noche á los esclavos, á costa de cuyos sudores vivían y gozaban los amos y los ciudadanos. Por el contrario en la Edad Media, el gran número de aldeas, los caminos de comunicación, los castillos, las parroquias y las alquerías, que á cada paso se encuentran, demuestran que, en una población de ciudadanos que sabe proveer á sus propias necesidades, la solicitud del obispo, la predicación del monje y la vigilancia del alcalde alcanzan hasta el último aldeano. No se vé allí, como entre los antiguos, la monarquía ilimitada, ni la general igualdad, que engendra pronto aquella; sino una vida universalmente repartida, y ensayos de estatutos y de legislación tanto ó más importantes, en nuestro sentir, que las ciencias y las artes, cuyo despertar fué en muchos países la señal de la pérdida de las costumbres y del Estado. Nos parecen gigantes los héroes de la antigüedad, porque son perfectos en todas sus partes, ya lo deban á la constitución de su patria, ó ya á los escritores que nos los representan; pero como su vida era completamente exterior, favorecían la marcha de los sucesos. En los de la Edad Media campea el entusiasmo; son héroes por convencimiento, por imaginación, lo cual esparce una luz fantástica, una plenitud de vida por todas las cosas, hasta por los padecimientos. Trabajan, combaten y algunas veces no es posible distinguir en su conducta un fin político, sino el impulso del sentimiento, que sólo busca la agitación y las batallas para encontrar el reposo y la paz. Después, deseando poner un intervalo entre las tempestades de la vida y el silencio del sepulcro, se encierran en sus castillos ó en los claustros.

No se deduzca de lo que antecede que tratemos de declararnos panegiristas de la Edad Media, y mucho menos que queramos resucitar sus instituciones. No, jamás rendiremos culto á ídolos de cuatro días, ni fijaremos nuestra morada bajo techos que se arruinan, aunque recordemos con ternura que en ellos encontraron abrigo nuestros padres. Nada se hecha de menos respecto de la Edad Media, no habiendo tampoco nada que imitar acaso; pero sí hay mucho que aprender de ella, y nosotros sólo tratamos de disponer los ánimos, para que se la pueda apreciar mejor, á consagrar más

justicia al estudio de aquellos tiempos tan mal conocidos y peor apreciados, á reparar la injusticia de aquellos que le atribuyen todos los males que encuentran en lo pasado, cuando quizá les habían sido legados por tiempos anteriores ó constituían una transición indispensable hacia lo mejor. Creemos que las edades se perfeccionan sucediéndose las unas á las otras, que nuestra situación de hoy es preferible á la Edad Media; pero en la Edad Media se prepararon y realizaron en gran parte los progresos á que debemos nuestra superioridad sobre los antiguos. Es la gestación, incómoda pero necesaria, y que es preciso juzgar por los resultados. En la infancia inconsiderada, rica de imaginación, que conoce apenas el objeto que se propone, que gasta sus fuerzas en vanas y hasta en ridículas tentativas, que calcula y recuerda poco; pero que lo inventa y aprende todo, hasta el idioma; que se complace en los cantos y en lo maravilloso; que se agolpa á las universidades, conservando frescas en su memoria las lecciones morales que mamó en el regazo materno, se engaña lealmente, pasando pronto al arrepentimiento.

Un numero demasiado grande de causas perturbadoras hicieron que en aquella época no se mostrase lo bueno y lo grande sino parcialmente; pero el movimiento moral, la reforma práctica del cristianismo, lejos de perecer tomó un vuelo más libre, y con su poder civilizador, el ejemplo de las franquicias legalmente adquiridas, y tenazmente defendidas, la diaria experiencia y los consuelos tributados á todo infortunio, consiguieron hacer surgir un nuevo mundo, una nueva vida de los ingenios y del sentimiento, un rumbo distinto para la imaginación, otro poder para las inteligencias. Esto llama la atención de todo aquel que no fijando solo su mirada en los conquistadores, se interesa por el mayor número, por el pueblo; aunque este sólo puede ser comprendido por aquellos que comen su pan, por los que sufren y gozan con él, participando así de sus espezanças como de sus temores, y de sus maldiciones como de sus bendiciones. Sólo aquellos que hayan hecho todo esto podrán apreciar con justicia instituciones que proveían á las necesidades de los más débiles, y un poder que protegía en todas partes la justicia y la moralidad; solo aquellos podrán juzgar acerca de las ventajas y desventajas que existen entre la Edad media y la moderna, que empezó por un bofetón que dió el ministro de un rey al gran sacerdote representante del pueblo.

Los literatos que se resignan á tantas abstracciones y restricciones por elogiar á los antiguos, tendrían que emplear el mismo método respecto de la Edad Media para confesar que ciertas instituciones fueron oportunas en ciertas épocas y en ciertos grados de civilización, y para convencerse de que aquel que elogia el bien producido en otro tiempo por aquellas instituciones, no quiere decir por eso que fueran aplicables á otros periodos de la vida social.

Si expusiera en toda su desnudez los horrores de la revolución francesa, se me opondría la necesidad de esta reacción y la utilidad que resultó de esta nivelación verificada por el hacha del verdugo. ¿Por qué no se han de tener los mismos miramientos respecto de una época que fué la cuna de la sociedad y de las costumbres modernas, y á la que se deben los idiomas, las literaturas originales, los más nuevos y grandiosos monumentos, las familias históricas y la edad heroica de las naciones europeas? Pero el conocimiento de aquel tiempo no es solo un objeto de curiosidad ó una materia de ciencia, es por lo menos tan interesante para nosotros como la de nuestro siglo, de nuestros derechos y de los medios de obtenerlos, de nuestras necesidades y del modo de satisfacerlas. Véase allí, más bien que en la historia de los imperios, en donde el error de un monarca decide de la suerte de millones de súbditos, aquellos monumentos que nos enseñan lo que constituye la dignidad y la felicidad del hombre.

Tal es la idea que tenemos formada de la Edad Media, después de haber leído á los historiadores y examinado los materiales que nos quedan de ella: ¿pero cual es el historiador que ha tratado de narrarla en su conjunto, y según conviene á los progresos de la civilización? Si la juventud pidiese una historia de la Edad Media, ¿cuál será la que le presentéis?

Escribirla sería, pues, una empresa grande, útil y generosa para los ingenios que ilustran la Italia. Y yo, debil pero perseverante hormiga, solícito en rebuscar el campo que otros han segado, disponiéndome á describir la época de las convicciones y de las obras, en un siglo en que se han puesto á discusión todas las creencias de los tiempos pasados, sin hallarse aun aseguradas las de los venideros, de suerte que la indiferencia y el fastidio que engendra la duda, no permiten comprender la frescura, el ímpetu, la serenidad producidas por la fe, y disponiéndome á narrarla á una patria donde no hay opinión que no sea tachada juntamente de vil y subversiva, de claustral é irreligiosa, de ignorante y astuta; siento ya aumentarse los silbidos de la petulante mofa y los ladridos de la mal intencionada soberbia. Pero me agrada mantener erguida una frente que no tiene por qué ruborizarse ante aquellos que satirizan ó calumnian, que compran ó que se venden, que tiemblan ó infunden terror; y en vez de disimular mis sentimientos, creo preferible explicarme con claridad y arrostrar con la visera levantada la tiranía de las preocupaciones.

La historia eclesiástica se posesiona en los siglos en que estamos del lugar que ocupa la historia romana en los precedentes, y nos detendremos mucho en lo que á ella concierne. No habrá ya persona, según creemos, que la considere como tarea correspondiente ó privilegio exclusivo del clero: ¿por qué el seglar no ha de penetrar hasta el umbral sagrado, y juzgar en él á los hombres y

las cosas con la franqueza y el respeto razonado que ya es tiempo de substituir al desprecio fútil ó á la ciega idolatría?

Porque el cristianismo, inmutable en la esencia, no lo es en las formas con que se da á conocer; y sin embargo de conservar la misma fe, la misma esperanza, igual amor, se acomoda á los pasos sucesivos de la humanidad. En los primeros siglos combatió con la sangre y las doctrinas para construir una sociedad nueva sobre las bases derruidas de la antigua: en el siglo xvii mostró la armonía de la ciencia y de la sociedad en la verdad, y abrazado con ojos serenos como eje del mundo, dió reglas á la inteligencia, donde tenía su asiento: en nuestro siglo está llamado á curar dolores, desconocidos á las profundas creencias de las pasadas edades, y á ofrecer en la fe un puerto á las doctrinas exageradas, á las estériles agitaciones, á las amargas ilusiones de la inteligencia. En la Edad Media le faltaba aquella serena grandeza y esta magnífica regularidad; á una gente tosca y sensual hubiera parecido insuficiente el austero tipo de la cruz desnuda de todo adorno; y se quería que la religión se mezclase en todos los actos de la vida, en las visiones de la fantasía, en las aspiraciones del corazón; que ganase al hombre por medio de los sentidos, de donde provinieron las manifestaciones sobrenaturales, el gran número de milagros, multiplicados sin duda por la credulidad, pero eficacísimos en los designios de la Providencia (28).

Era dura, pero estaba asegurada la vida del pueblo: el desbordamiento de un río bastaba para afligir una provincia, la animosidad de dos castellanos para devastarla: las hambres se sucedían con frecuencia, y más aún las guerras. Las infelices poblaciones aglomeradas al lado de los castillos ó agrupados alrededor de los monasterios, hubieran perecido de inacción y de servidumbre, si la imaginación, ilustrada desde lo alto, no hubiese ensanchado aquel pálido horizonte, haciendo variar de aspecto á esta vida llena de miserias y tormentos, con la visión de celestes resplandores. Multitud de desgraciados, reducidos por la fuerza á una condición inferior á la de hombres, se elevaban por medio de la fe hasta nivelarse con sus amos; visitados en sus padecimientos por ángeles y santos, vivían en un comercio confortativo y continuo con el mundo invisible; y la naturaleza

(28) Voltaire reprende del modo siguiente á los que se rien de todos los milagros y del culto que se les ha tributado: «Podían todos esos autores observar que tales instituciones no perjudicaron á las costumbres; que deben ser el objeto principal de la policía civil eclesiástica, que probablemente las imaginaciones féridas de climas cálidos necesitan siglos visibles que las pongan sin cesar bajo la mano de la divinidad; y que en fin estos signos no podían abolirse sino cuando fuesen despreciados por el mismo pueblo que los reverencia.» *Ensayo*, cap. 183.

Véase también á MUZZARELLI, *Buen uso de la Lógica*, en que trata de aplicarla á los milagros.

silvestre, santificada por la presencia de Dios y de su madre, les ofrecía inefables consuelos y armonías desconocidas, y les suministraba el pan del espíritu aunque faltase el del cuerpo. Las leyendas, únicas historias de los siglos xi y xii, nos presentan á menudo esta escena; depresión y miseria material en la multitud y á la par plenitud de vida religiosa hasta rayar en delirantes exaltaciones. En una palabra, no es posible comprender aquella edad, sino con su pérpétua mescolanza de las cosas eternas con las contingentes, de lo invisible que gobierna con lo visible que es gobernado.

Aunque en la Edad Media sea menor la credulidad que en la antigüedad, tendremos abundancia de milagros y de supersticiones que la crítica rechaza y la religión reprueba. Yo los referiré á menudo, porque pintan la índole del tiempo y ejercen influencia en los acontecimientos. Pero si yo refiero que en el cuarto sitio de Constantinopla la Virgen María recorría las murallas para animar á sus defensores, al paso que el derviche Seid-Bekar subía al cielo para saber de Mahoma los medios de ganar la plaza, se dirá que creo en el primer milagro como en el segundo? He referido con exacta igualdad y la misma intención los augurios y los auspicios paganos como también los prodigios de Serapis y de la Madre Idea. Que no se nos considere idólatras si como Sócrates sacrificamos un gallo á Esculapio. No me espantaré del cargo de superstición: es por lo común dirigido á los que son sus mayores enemigos, á los más sinceros cultivadores del germen que Dios ha plantado en la tierra, la libertad del pensamiento, la pureza de la adoración.

Siempre que he podido, he disimulado la fatiga que he experimentado en corregir errores ó en enmendar la argumentación agena: me he satisfecho con demostrar la verdad de lo que decía. Sé que se me hace un cargo por separarme demasiado libremente de las opiniones de grandes autores; pero por la misma circunstancia de que son grandes, los combato con franqueza y digo: Si hombres de tantos estudios, rectitud y paciencia se han engañado, ¿por qué no me he de engañar yo también á mi vez? Y me animo á fin de no usar con respecto á mí, ninguna de aquellas indulgencias á las cuales puede un autor prestarse tanto más á sí mismo, cuanto que por lo regular pasan desapercibidas de la mayor parte de los lectores, para no esquivar ninguna de las cuestiones que se encuentran á cada momento y de las que se creen dispensados con frecuencia los historiadores. Hay objetos que, vistos de lejos, espantan; pero nosotros haremos como un padre prudente con el niño que se asusta de los cuentos de su nodriza; le acerca al objeto que le espanta y se lo hace tocar. Sé que las voluntades individuales y convicciones tienen gran necesidad de vigor para rebelarse contra ciertas opiniones comunes, ante las cuales se inclina cómodamente la indolencia, pero tal vez conseguiremos nosotros destruir alguna de ellas, atreviéndo-

nos á atacarlas de frente y considerando al hombre y á la sociedad, no bajo un sólo aspecto, sino en el conjunto de la capacidad, de las circunstancias, del corazón, de los medios y de las acciones.

Aunque tenga por costumbre exponer juicios libres y francos, sin temer los improperios reservados para el que no quiere abandonarse á la corriente, sin embargo, más de una vez deberé narrar hechos sin sacar de ellos consecuencia alguna, ó bien deducirlas más amplias ó diversas de las premisas. Es injusticia ó exceso exigir al que camina por encima de chispas engañosas la exactitud en todos los pasajes; y es infamia dirigirle en alta voz preguntas á las cuales no puede contestar sino muy bajo. Hágalo así en buena hora el que estribe en esto su arte y su cálculo; el que está dotado de sano juicio y lealtad, lee de los libros hasta las páginas en blanco, y aprende á interpretar el lenguaje de los hechos, que es el único verdadero. Para que esto se notase con más claridad, me he abstenido del uso introducido actualmente, y que consiste en hablar con el tono de un oráculo, en generalizar las consecuencias de acontecimientos particulares y accidentales, en aglomerar inepcias á fin de que adquieran importancia, creando de este modo sistemas, alabados porque son vagos, nebulosos é incomprensibles, y porque invierten el orden de las celebridades y trastornan los juicios ya autorizados. Algunos saltaron de la árida y descarnada erudición de una época á lo lírico y cerniéndose entre cielo y tierra llevaron la historia del dominio del análisis y de la observación precisa al del atrevimiento sintético. Después de Vico es cuando varios de ellos, sobre todo en Alemania, han pretendido de esta manera reconocer en cada hecho la señal de una idea, confundiendo las contingencias del mundo exterior con la estabilidad de lo ideal invisible. Los que me han seducido cuando los he leído, me han disgustado estudiándolos; algunos me han parecido absurdos, otros aéreos, la mayor parte ininteligibles, todos nocivos á la verdad, que alteran para adaptarla á sus caprichos. He sacado en consecuencia que el mejor sistema es el que expone con orden la verdad y las consideraciones que se unen á ella. Poco importa que el método parezca antiguo; los espíritus inteligentes comprenderán que he aplicado á él según mis fuerzas, todo lo que me han suministrado digno de aprovecharse en los estudios recientes y además el fruto de los míos.

No he querido tampoco afiliarme en una escuela que quería hacer poética la historia, y que á falta de historiadores filósofos contemporáneos, da á las relaciones el colorido local, según ellos dicen, siguiendo paso á paso los autores originales, y aún copiándolos. Es una reacción contra el desprecio en que estos habían caído, y debemos confesar que á veces resalta de allí el verdadero sentimiento de una época. Pero, independientemente del peligro de dejarse seducir por la poesía de las crónicas, semejante método se averdría mal con la

historia universal, que no debe verse precisada á cambiar de estilo según los autores y los países, consistiendo su principal mérito en observar á toda la humanidad con igual interés y á la misma altura.

Menos todavía me agradó esa otra escuela particularmente dedicada á referir los sucesos modernos, y que por parecer narradora imparcial de los hechos, reniega de los sentimientos de cristiano, de ciudadano y aun de hombre, y hasta desluce la verdad cuando la dice. Al oírle como narra con la frialdad de un cirujano acostumbrado á operar, que describe la autopsia de un cadáver, causa asombro como acontecimientos referidos con tanta calma han podido trastornar el mundo. He tratado tanto de evitar el sentimentalismo como la cólera ampulosa; pero existen páginas que he escrito con las lágrimas en los ojos, desgracias que me han arrebatado el sueño, é injusticias consumadas que me han agitado no menos que las presentes y personales.

Sin embargo, el libro y el método deben justificarse por sí mismos; y si he creído necesario decir qué conducta me propongo observar, á los lectores incumbe decidir si he obrado bien; si he acertado en preferir el orden de las ideas á la exactitud de los tiempos, y en no romper el encadenamiento general de los hechos por sujetarme á la cronología; y hasta qué punto he logrado mi objeto de asociar los intereses de la memoria, del entendimiento, de la razón y del corazón.

Existe y vocea una multitud de lectores á quienes sólo agrada la exageración de las pasiones, el estrépito de palabras simpáticas, la parcialidad de los juicios, disfrazada con el mentido nombre de franqueza. Me glorio de excitar su desagrado; porque los hombres que dirigen sus esfuerzos hacia el porvenir, deben naturalmente repugnar á los que echan de menos lo pasado y procuran reanimar los carbones apagados en los altares de las divinidades degradadas. Veo y conozco los defectos de lo pasado, y los relato, no como un cortesano que lisonjea los vicios de su señor (no tengo señor), sino como un amigo que conoce los lazos por los cuales el mal se une al bien en el corazón de su amigo. Sí, es verdad que nosotros somos mejores que nuestros padres; y aunque comunmente lo somos más que en hechos en palabras, las palabras acabarán por producir los hechos; pero el medio de conseguirlo no es el de idolatrar ni vilipendiar lo pasado; y sí, entre los errores transitorios y las mejoras permanentes, examinar el progreso y sus modificaciones, y sacar provecho de tal estudio, conocer el mal, y aprender en las tentativas que se han hecho para impedirlo, á evitar la necesidad de otras nuevas, averiguando hasta donde pueden arrastrar la tiranía, la discordia, la inflexibilidad de los principios, conocer donde se halla el bien, sufrir los males que son inevitables sin inercia y confiadamente, acordándose de que la moderación es uno de los caracteres de la fuerza.

Tal es el objeto á que aspiro, objeto que me esforzaré por alcanzar, buscando y exponiendo en la historia la verdad, la exactitud moral, la dignidad del hombre, las ideas más generosas, sin dejarme seducir por fantasmas de honores y de gloria, ni espantar por títulos, con que la impudencia pueda zaherirme. Cuando se ridiculizaba á Mirabau, respondía: *No lo acepto*. Yo creo haber escrito lo bastante, y hecho lo bastante, para no temer los ataques de la crítica abyecta, y quizá viva suficiente tiempo para ver desengañarse á los hombres sinceros. En último resultado apelaré al tiempo, juez tan infalible como paciente, y á la juventud que va creciendo con ideas mejores.

Esta es la confianza que me ha sostenido hasta ahora y que aún me sostendrá á medida que avance en una senda en la que el asunto y los hombres multiplicarán contra mí tinieblas y espinas. Pero ¿acaso puede alcanzarse el bien sin peligros y amarguras? Las tempestades, á la par que agitan

el mar, lo elevan. Empecemos, pues, nuestro segundo viaje, con vista menos serena pero más clara y dilatada, con menos ilusiones pero más experiencia, con menos fantasía pero más estudio, murmurando dos palabras que nos sirvan de consuelo para todos los disgustos, de respuesta para todas las enemistades, y de remedio para todos los quebrantos. Cuando el peregrino árabe atraviesa el desierto, donde el camino conserva huellas marcadas por los huesos de los que le han perecido precediéndole, y por los pozos que manos benéficas han abierto para saciar la sed de los futuros viajeros, si se encuentra sorprendido por el homicida simoun, se arroja al suelo y aguarda: una vez pasado el azote, se levanta y continúa su peregrinación en medio de las fatigas y privaciones de todas clases, sin un brazo en que apoyarse si vacila, sin una compasiva mirada si cae; va sólo, y no obstante, cantando, acompañado de su valor y de su esperanza.